

ra preparar los ánimos al gran movimiento que debía rejenerar el país.

Pero mientras que todo marchaba con paso rápido hacia el cumplimiento de un objeto común, se formaba una escision perjudicial en el mismo foco revolucionario. Apenas Zaliwski fué admitido en la asociacion, cuando se esforzó en destruir el crédito de que gozaba y Wsocki y apoderarse de una autoridad á la cual no tenia otro derecho que su vanidad. Wysocki, estimado de todos por su decision y antecedentes patrióticos, triunfó pronto de las pretensiones de un rival que le era tan inferior; pero faltó poco para que las mezquinas intrigas que suscitó Zaliwski hiciesen descubrir la conjuracion y perjudicasen á la accion de las fuerzas disponibles.

El general Chlopicki fué destinado unánimemente á tomar las riendas de la insurreccion nacional; pero los conjurados cometieron una gran falta en contar con su cooperacion activa sin estar antes seguros de su consentimiento.

Los demás generales, informados de la conspiracion, se habian adherido

á ella; pero ninguno queria encargarse del papel, tan delicado como peligroso, de primero. Necesaria era pues la palabra de un jefe antes de pasar á la ejecucion.

A fuerza de astucia y de pesquisas, la policia habia llegado á tener algunos indicios de las tramas que se pretendia realizar; así es que no se oyo hablar mas que de arrestos y de ejecuciones secretas, durante los cuatro meses que mediaron entre la revolucion de julio y la de Varsovia. Fue preciso todo el valor y toda la resignacion de los conjurados para burlar las sospechas; pero el gran duque Constantino, por medida de precaucion, apesar de la serenidad que afectaba, se rodeó en su residencia del Belveder, de muchos rejimientos rusos que estaban siempre sobre las armas.

Convenido el plan definitivo para la sublevacion del ejército, del pueblo y de los representantes, quedó fijado el 29 de noviembre para dar el golpe. A la primera señal las compañías polacas de la guarnicion de Varsovia debian caer sobre diferentes puntos señalados. Era imposible retroceder.

REVOLUCION NACIONAL.

1830—1831.

El dia 29 de noviembre, memorable para siempre en los anales polacos, conservó la apariencia de aquella tranquilidad aparente y misteriosa, precursora muy á menudo de una tempestad violenta. Resueltos los conjurados á arrostrarlo todo, esperaban con impaciencia el momento de obrar. A las seis de la tarde, dos columnas de fuego, la una al sur, causada por el incendio de una vieja cerveceria situada en el muelle de Solec, cerca del Belveder, la otra al oeste, levantándose de una casucha de madera construida no lejos del arsenal, debian dar el impulso del movimiento y ser la señal del ataque

de los Rusos sobre todos los puntos de la ciudad ocupados por ellos.

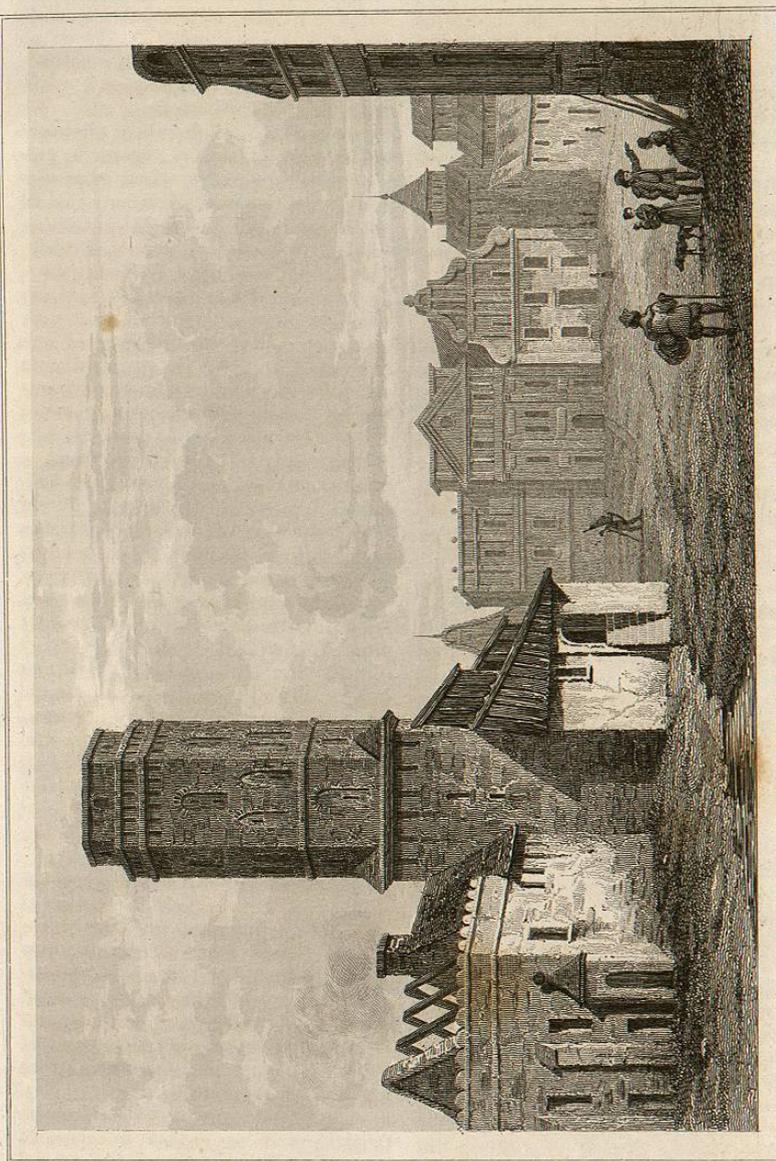
Desgraciadamente faltó en parte el incendio convenido. Visto solamente por una parte de los conjurados, esperado siempre por la otra, resultó de su abortamiento un defecto de conjunto que multiplicó los obstáculos y faltó poco para hacer malograr la empresa.

Sea como quiera, á eso de las siete de la tarde se presentó Wysocki con resolucion en el cuartel de los abanderados, exclamando: Polacos, ha llegado ya la hora de la venganza. Hoy es el dia en que debemos vencer ó morir. ¡ A las armas! Este

50

POLONIA.

POLOCNE.



J. Schuler sc.

Plaza en Kalisz.

Plaza en Kalisz.

L. Schuler del.

llamamiento fué acogido con gran entusiasmo; Szlegel distribuyó cartuchos, y la escuela se formó en orden de batalla.

Púsose Wysocki, sin perder un instante, á la cabeza de aquella columna, que contaba ciento y sesenta alumnos, aptos todos para mandar una division, y marchó contra los cuarteles de la caballería rusa, situados á poca distancia de allí, en las puertas de Varsovia. Estos cuarteles, atravesados por canales y por numerables puentes pequeños, eran inaccesibles, si los soldados, atacados de repente y en la noche, no hubiesen creído tenerlas que haber con muchos millares de acometedores. Las tinieblas doblaban el número y espargían el terror. Empeñóse en dicho sitio una lucha sangrienta.

Acontecimientos de mayor gravedad se pasaban durante este tiempo en el palacio del Belveder. Diez y ocho conjurados, la mayor parte estudiantes de la universidad de Varsovia, habian resuelto apoderarse de la persona del gran duque Constantino. A fin de lograr su objeto, se dividió en dos partes esta pequeña tropa; una mitad penetró por los jardines, á fin de cortar la retirada al cesarevitsch, y la otra se adelantó con rapidez hácia la entrada principal, al grito de «¡Muerte al tirano!» Bien pronto se apoderaron del umbral del palacio tan temido de los Polacos, al paso que se oía á lo lejos el fuego de fusilería empeñado entre la escuela de los abanderados y la caballería rusa.

Constantino dormía en la hora en que estallaba la insurreccion en muchos puntos á la vez. Uno de sus ayudas de cámara le despertó bruscamente, y arrancándole de su cama, le empujó hácia una escalera secreta que comunicaba con el pabellon que habitaba la princesa de Lowicz, su esposa. Ya era tiempo, porque en el instante mismo se precipitaban los conjurados en lo interior del cuerpo principal del edificio. No quedó rincón que no visitasen, al ruido de las aclamaciones de rabia y venganza; únicamente respetaron el pabellon de la gran duquesa, y gracias al

comportamiento de los conjurados evitó el cesarevitsch un peligro inminente. Mudo, temblando de espanto en medio de las mujeres de la princesa, arrodilladas y orando con fervor, espiaba cruelmente las agnias que habia hecho sufrir anteriormente al pueblo confiado á su custodia.

Viendo cuán inútiles eran sus pesquisas, se retiraron los conjurados; pero antes de abandonar los aposentos, mataron al prefecto de policía Lubowidzki, que llegaba con los partes recientes sobre el progreso de la conspiracion. Mataron igualmente á bayonetazos en el patio del palacio, al jeneral ruso Gendré, favorito del gran duque, apesar de que dicho jeneral acostumbraba llamarle *el mas despreciable de todos los hombres*; en seguida se retiraron por el pequeño bosque de Lazienki, muy á tiempo, porque un rejimiento entraba en su busca en el palacio.

Fuéronse á reunir con Wysocki, cuya posicion se hacia mas crítica. Apercibiendo al fin la caballería moscovita el pequeño número de combatientes que la habia desalojado de sus cuarteles, tomó aliento y se disponia á rodearle, cuando la llegada de los conjurados del Belveder cambió las cosas de aspecto. Las dos tropas reunidas cargaron á la bayoneta, y lograron abrirse paso hácia Varsovia. Llegaron rápidamente á la plaza de la iglesia de Alejandro, donde esperaban hallar seis compañías de preferencia. Mas instruido el jeneral Estanislao Potocki del plan de los conjurados, se habia dirigido á este punto, y á medida que iba llegando una compañía, la enviaba al cesarevitsch. Este fué el motivo del abandono en que se hallaron durante tanto tiempo los abanderados cuando atacaron los cuarteles. Enfurecidos con la conducta de Potocki, con quien habian creído poder contar, le hicieron pagar caro sus dias de traicion.

En los demás puntos de la capital, aunque las operaciones eran mas lentas, no dejaban por eso de ser bastante activas. Habian salido de sus cuarteles el 4.º rejimiento de línea,

una batería de artillería de doce cañones, una porción considerable de granaderos de la guardia, un batallón de zapadores, y algunas compañías de granaderos de cada regimiento polaco de la guarnición de Varsovia. Mientras que algunos de estos cuerpos se dirigían hacia el arsenal, los otros observaban los movimientos de la infantería rusa. También se reforzaron las guardias de la banca, y se tomaron cuantas medidas se pudieron para mantener la seguridad pública en medio de aquella gran conmoción.

En el camino, Zaionczkowski y Dobrowolski, quienes conducían las masas al arsenal, entraron en la sala del teatro de las *Variedades*, gritando: «¡A las armas! ¡los Rusos degüellan á los nuestros!» Inmediatamente salieron los espectadores y aumentaron el número de los insurgentes. Al cabo de una resistencia bastante tenaz se apoderaron del arsenal, é inmediatamente se distribuyeron al pueblo las armas que se hallaron en él.

Desde los primeros disparos de fusil, muchos oficiales superiores polacos, conocidos por su ciega obediencia á las voluntades del gran duque, se apresuraron á montar á caballo é hicieron mil esfuerzos para apaciguar el movimiento por medio de súplicas ó amenazas. No quedó impune esta ausencia de patriotismo. El general Hauke y el coronel Meczowski hallaron la muerte á la entrada del palacio de los tenientes del reino; el general Trembicki, quien, rehusando servir la causa nacional, trataba á los ciudadanos sublevados de asesinos, lavó esta injuria con su sangre; el general Siemiontkowski, portador de las órdenes de Constantino, fué cojido, y exhaló el último suspiro cerca de la plaza de Sajonia; el general Blumer, uno de los miembros de los odiosos tribunales militares, fué traspasado con diez y ocho balas en el instante mismo en que se reunía con las tropas moscovitas: su cadáver fué atado en seguida á un madero; el coronel Sass, jefe de la policía secreta, no pudo escapar tampoco á la ven-

ganza popular. Desgraciadamente hubo muchas equivocaciones, y en medio del tumulto, el valiente general Nowicki pereció en lugar del general ruso, Lewicki, que mandaba en Varsovia, á quien los conjurados creyeron inmolarse en él.

Dueños del arsenal y de los principales puntos de la capital, podían los Polacos mirar su triunfo como asegurado. La lucha continuó del mismo modo el siguiente día, pero por todas partes fueron rechazados los Rusos. Sin embargo, la falta de conjunto que se notó al principio de la acción había inutilizado en gran parte los frutos de un plan concebido con tanta habilidad. Cada destacamento del ejército, habiendo obrado, por decirlo así, según su propia inspiración, pudo el cesarevitch escapar, aunque inquieto un momento por su seguridad, y las tropas rusas no desarmadas, como se había proyectado, se replegaron en las puertas de Varsovia en una actitud amenazadora.

El ministro de hacienda Lubecki convocó en la noche de la insurrección el consejo administrativo del reino; y á fin de dar á aquel cuerpo una apariencia de liberalismo, hizo que entrasen en él hombres conocidos por su adhesión á la causa pública, tales como los príncipes Adam Czartoryski y Miguel Radziwill, el general Pac, Hochanowski y Niemcewicz. A pesar de esta agregación de ciudadanos recomendables, fué muy mal recibida su primera proclama, en atención á que no respiraba suficientemente el espíritu de la revolución.

Nombraron presidente de la ciudad de Varsovia al respetable Wengrzeci y el mando provisional del ejército fué confiado al general Pac, por ausencia del general Chlopicki, que se había fugado del teatro de las *Variedades* algrito que arrojaron los patriotas, el cual se mantenía oculto con mucho sigilo desde aquel momento; sin embargo todo el mundo pronunciaba su nombre como el del jefe de la conspiración; mas no se presentó en público hasta el 30 en la tarde, luego que había ce-

sado el peligro. Los manejos secretos del gran duque habían podido ya desgraciadamente obrar y preparar divisiones desagradables.

Chlopicki se halló en aquella circunstancia en una posición extraordinaria; porque, mientras que le buscaban los insurgentes para ponerle á su cabeza, Lubecki deseaba igualmente su presencia, como que era el hombre único capaz de detener la revolución. Anteriormente, cuando los conjurados le propusieron la dirección suprema, les respondió en diferente ocasiones: «¡Yo no aceptaré jamás autoridad alguna por parte de los rebeldes!» Aceptó sin embargo el mando del ejército por orden del consejo administrativo, que obraba siempre en nombre de Nicolás.

Era aquel un verdadero caos de ideas políticas. Lubecki, que tenía el hilo de todas las intrigas, decía: «*que era preciso arreglar los negocios de modo que Nicolás, rey constitucional de Polonia, hiciese la guerra á Nicolás, autócrata de la Rusia.*»

El 1.º de diciembre, organizó el consejo administrativo una comisión ejecutiva, la cual contaba entre sus miembros al castellano Dembowski, á los nuncios Lelewel, Uladislao Ostrowski y Gustavo Machowski.

En el mismo día se formó la lección de honor de los estudiantes de la universidad, en número de mil, y el club patriótico que, bajo los auspicios de Lelewel, se impuso la tarea de dirigir la opinión pública.

El 2, ocupaba Constantino las puertas de Varsovia con fuerzas considerables, y mandó que se presentase una diputación del consejo administrativo para esponerle los votos de la nación. En su consecuencia, fueron encargados el príncipe Adam Czartoryski, Lubecki, Uladislao Ostrowski y Lelewel de hacerle saber que la Polonia quería se ejecutase su constitución tal cual la había recibido, y que además esperaba el cumplimiento de las promesas de Alejandro concernientes á la restitución de las provincias nacionales incorporadas á la Rusia á fines del siglo último. Debían aquellos miembros informarse

igualmente si el cuerpo de ejército de la Lituania había recibido orden de penetrar en Polonia.

Habiendo las respuestas evasivas del gran duque destruido toda esperanza de acomodamiento, redobló el gobierno su actividad en los armamentos, y el general Chlopicki dirigió al ejército una proclama muy enérgica.

El horizonte político se despejaba no obstante un poco el 3 de diciembre, con motivo de la vuelta de las tropas nacionales que habían salido con Constantino, el cual, viendo la actitud vigorosa de la insurrección, escribió al consejo administrativo la carta siguiente:

«Permito á los soldados polacos que han permanecido fieles hasta el último momento que vuelvan á reunirse con sus compatriotas.

«Me retiro de Varsovia con las tropas imperiales, y espero de los leales Polacos que no las molestarán en su marcha para regresar á Rusia.

«Recomiendo igualmente á la protección de la nación polaca todos los establecimientos, propiedades é individuos rusos, y los pongo bajo la salvaguardia de la fe mas sagrada.

«A 3 de diciembre de 1830.

«CONSTANTINO.»

El consejo administrativo ordenó que se haría justicia á todas las demandas del cesarevitch.

A fin de satisfacer el deseo de la opinión pública, no tardó en modificarse el consejo. Nombráronse en su lugar en la nueva organización del gobierno provisional, al príncipe Adam Czartoryski, Kochanowski, Pac, Dembowski, Niemcewicz, Lelewel y Uladislao Ostrowski. Su primer cuidado fué convocar la dieta para el 18 de diciembre.

Restablecióse el orden en lo interior; hicieronse mejoras en el régimen administrativo; por último tomó el país de día en día una aptitud firme é imponente.

El 5, se proclamó dictador el general Chlopicki hasta la reunión de las cámaras y publicó el manifiesto siguiente:

«Reclamando nuestra crítica posición la mayor energía, y pudiendo

ser fatal para la nacion todo cuanto entorpeceria la marcha de los negocios, no por ambicion ni por amor al poder (estoy muy distante de eso), sino atendiendo á las circunstancias, y tomando ejemplo de los Romanos, quienes, cuando su patria se hallaba en peligro, confiaban á uno solo el poder supremo, os declaro en el día, Polacos, que me apodero por pocos dias, es decir, hasta la reunion de las cámaras, del cargo de DICTADOR.

«Devolveré mi poder á los mandatarios de la nacion.

«Estad bien persuadidos, compatriotas, que solo usaré de este poder para haceros bien. ¡Viva la patria!

«Varsovia, 5 de diciembre de 1830.

«El dictador CHLOPICKI.»

Desde entónces quedaba detenido el resorte de la revolucion, y apareció en su lugar la contra-revolucion.

No nos detendremos en publicar todos los actos del nuevo jefe. Bastará decir, que Chlopicki, educado en los campamentos y esclavo del juramento prestado anteriormente al autócrata, ascendido por su voluntad á un empleo mas bien diplomático que militar, no conoció ó no quiso conocer el entusiasmo admirable de la nacion. Antes de partir para San Petersburgo con el nuncio Jezierski, con pretexto de las negociaciones que debian entablar cerca de Nicolás, pero cuyo objeto verdadero era el de ganar tiempo, colocó Lubecki cerca del dictador numerosos agentes á quienes hizo juguete suyo. Continuamente descontento, furioso y sin poderse acercar á él, perdió Chlopicki un tiempo precioso en medidas insignificantes ó funestas. Inundó el pais de diplomas de oficial; en seguida, imitador desmañado, se rodeó de una guardia consular, formada de estudiantes de la universidad, á la que prodigó los fondos del tesoro, tanto para equiparla y uniformarla, como para el envio de emisarios; servicio poco decente, dirijido por el profesor Szyrma. En una palabra, podia creerse que el dictador habia turbado la razon del jeneral, si semejante conducta no hubiese tenido por resultado neutralizar

la revolucion y sus efectos, sistema político adoptado en nuestros dias en todos los asuntos europeos.

Reunióse la dieta en el día prefijado, bajo la presidencia del mariscal Uladislao Ostrowski; y los representantes de la nacion dieron un pleno consentimiento á la insurreccion de la Polonia entera.

Esta sancion contrarió vivamente á Chlopicki, quien inmediatamente se despojó del mando; pero las jentes interesadas en que permaneciese en el poder, á fin de explotarle en su nombre, principiaban á suspirar, gritando por todas partes que se privaba al ejército de su jefe en el instante mismo en que el enemigo se preparaba á invadir la Polonia. Ajiataron de tal modo los ánimos de la dieta, que cediendo á los clamores escitados, devolvió por una ley la dictadura al que la habia abdicado. El nuncio Teófilo Morawski fué el único que emitió un voto negativo en aquella circunstancia.

Antes de separarse nombraron las cámaras dos comisiones; una para la redaccion de un manifiesto, y otra para la aprobacion de dicho manifiesto y su publicacion en nombre de la dieta, quedando además encargadas de vijilar al dictador y revocarle en caso de necesidad.

La tarea de la primera comision era muy delicada, porque si las cámaras habian aprobado la insurreccion de las dos naciones polaca y lituaniense, Chlopicki respetaba siempre la autoridad del emperador Nicolás, y no reconocia mas Polonia que la del congreso de Viena. Supo no obstante desempeñar su encargo.

Aquella acta importante, que esponia las quejas de los Polacos, concluia de este modo:

«El último consuelo que, bajo el reinado de Alejandro, hacia soportable á los Polacos sus infortunios, la esperanza de verse reunidos á sus hermanos, les fué arrebatado por el emperador Nicolás. Desde aquel momento, se rompieron todos los vínculos que los unian; el fuego sagrado que les estaba prohibido hacia mucho tiempo encender en los altares de la patria, ardia secretamente

en los corazones de los hombres de bien. Un solo pensamiento les era comun: que no les convenia sufrir por mas tiempo una esclavitud semejante. Mas la misma autoridad fué la que aceleró el momento de la explosion. Con motivo de los rumores que se confirmaban cada dia mas sobre una guerra contra la libertad de los pueblos, se dieron las órdenes convenientes para poner en pié de guerra el ejército polaco, destinado á una marcha inmediata, y en su lugar debian los ejércitos rusos inundar el pais; las sumas considerables que provenian del empréstito y de la enajenacion de los bienes nacionales, puestos en la banca en clase de depósito, debian cubrir los gastos de aquella guerra mortal para la libertad. Principiaron de nuevo las arrestaciones. Todos los momentos eran preciosos; de ellos dependia la salvacion de nuestro ejército, de nuestro tesoro, de nuestros recursos, de nuestro honor nacional, que se negaba á imponer á los demás pueblos las cadenas que él mismo aborrece, y á combatir contra su libertad y contra sus antiguos compañeros de armas. Cada cual estaba animado de este sentimiento; pero el corazon de la nacion, el foco del entusiasmo, esa intrépida juventud de la escuela militar y de la universidad, como igualmente una gran parte de la valiente guarnicion de Varsovia y otros muchos ciudadanos, resolvieron dar la señal del levantamiento. Una chispa eléctrica inflamó en un momento el ejército, la capital, todo el pais. La noche del 29 de noviembre fué alumbrada con los fuegos de la libertad; libertada la capital en un solo dia; en algunos dias unidas todas las divisiones del ejército por el mismo pensamiento, ocupadas las fortalezas, armada la nacion, apoyándose el hermano del emperador con las tropas rusas en la jenerosidad de los Polacos, y debiendo su salud á esta medida única: he aquí los hechos históricos de esta revolucion; noble y pura como el entusiasmo de la juventud que la ha dado el dia.

«La nacion polaca ha salido del

estado de envilecimiento y degradacion en que se hallaba sumerjida, con la firme resolucion de no doblegarse jamás bajo el yugo de hierro que acaba de hacer pedazos, y de no deponer las armas de sus antepasados hasta haber reconquistado su independencia y su poderio, únicas garantías de sus libertades; hasta haber asegurado el goce de estas mismas libertades, que reclama por un doble derecho, como una necesidad urgente del siglo en que vivimos; hasta despues de haberse reunido á sus hermanos que jimen bajo el yugo de San Petersburgo, haberos libertado y hechóles participar de sus libertades y de su independencia.

«No nos ha movido á dar este manifiesto ninguna especie de odio nacional contra los Rusos, quienes, como nosotros, son de orijen slavo; antes por el contrario, nos complaciamos en consolarnos de la pérdida de nuestra independencia, pensando que, bien que nuestra reunion bajo un mismo cetro fuese perjudicial á nuestros intereses, podria á lo menos hacer participar una poblacion de cuarenta millones de almas del goce de las libertades constitucionales, que, en el mundo civilizado, habian llegado á ser igualmente necesarias, tanto para los súbditos como para los gobiernos.

«Convencidos intimamente de que nuestra libertad é independencia, lejos de haber sido jamás hostiles á los estados limítrofes, han servido por el contrario, en todos tiempos, de equilibrio y salvaguardia á la Europa, y pueden serle en el dia mas útiles que nunca, comparecemos ante los soberanos y las naciones, con la certidumbre de que la voz de la política y de la humanidad será escuchada en nuestro favor.

«¡Si aun, en esta lucha, cuyos peligros no nos son desconocidos, debiésemos combatir solos por el interés de todos, llenos de confianza en la santidad de nuestra causa y de nuestro propio valor, y con la ayuda del Eterno, combatiéremos hasta el último suspiro por la libertad! Y si la Providencia ha destinado esta tierra á una

esclavitud perpetua, si, en esta última lucha, debe sucumbir la libertad de la Polonia bajo las ruinas de sus ciudades y los cadáveres de sus defensores, nuestro enemigo no reinará mas que sobre escombros, y todo buen Polaco llevará al morir este consuelo: que, si el cielo no le ha permitido salvar su propia patria, ha por lo menos, por este combate á muerte, puesto á cubierto por un instante las libertades de la Europa amenazada.»

Este manifiesto fué firmado y publicado el 5 de enero de 1831, apesar de la resistencia del dictador.

Mas esta desunion entorpecía la marcha de los negocios; así es que, apesar del jeneroso movimiento de la nobleza, el ardor del ejército y el entusiasmo del pueblo, los cuadros se completaban con lentitud y el tesoro se empobrecía sin fruto. El descontento cundía en todas las clases.

Disidente Chlopicki por una parte con las comisiones, y por otra con el ministerio, en vez de armar á la nacion en masa é invadir rápidamente la Lituania para sublevarla, se consumía en mezquinas persecuciones contra los clubs y los periodistas.

El viaje de Lubecki á San Petersburgo no produjo ningun resultado satisfactorio, como era fácil prever. Solo sirvió para dar al czar todo el tiempo necesario para reunir sus tropas y encaminarlas hácia la Polonia, á la que amenazaba con una guerra de esterminio.

El dictador, á quien sus accesos de demencia furiosa hacían cada vez mas insoportable, debió entónces abdicar su poder por segunda vez. Queriendosin embargo que sus talentos militares fuesen provechosos para la causa nacional, el príncipe Adam Czartoryski le conjuró para que no abandonase el mando del ejército; pero Chlopicki, irritado de no haber podido prevalecer sus ideas, rechazó todas las ofertas y todas las súplicas.

En este estado de crisis, se reunió de nuevo la dieta, á fin de remediar las consecuencias de una fatal temporización.

Los candidatos que reunían mayor número de votos por el baston de comandante en jefe, eran Radziwill, Krukowiecki, Pac, Skrzyneck, Woyczynski y Weysenhoff. El primero, el príncipe Miguel Radziwill, fué proclamado jeneralísimo el 21 de enero; y Chlopicki, habiéndose mitigado un poco, prometió ayudarle con sus consejos.

Entretanto, Ieziarski, el compañero de viaje de Lubecki, volvió de San Petersburgo y se presentó á la dieta, á la que el nuncio Roman Soltik habia sometido ya una mocion dirigida á proclamar la destitucion de la familia Romanoff y la anulacion de sus pretensiones al trono de Polonia. Apenas hubo dado cuenta Ieziarski de su estraña mision y de la acogida poco favorable de Nicolás, que la exasperacion llegó á su colmo en el seno de la asamblea. El mariscal Uladislao Ostrowski, su hermano Antonio, los nuncios Francisco Wolowski y Ledchowski, se sucedieron en la tribuna, recordando los juramentos de los czares, tantas veces violados, y las llagas todavía sangrientas de la patria. No tardó en resonar el grito unánime: «¡ Nicolás no manda ya! ¡ Abajo los tiranos!» grito que, prolongándose bajo las bóvedas del palacio, se esparció en algunos instantes por toda la ciudad.

Al oscurecer, se iluminó Varsovia; las jentes recorrían alegremente las calles al son de instrumentos; los himnos de la patria, cantados por un pueblo entusiasmado, no cesaron de resonar hasta que apareció la aurora.

El 30 de enero, nombraron las cámaras un gobierno nacional, el cual se componía de cinco miembros, no responsables, que gozaban de casi todas las prerogativas atribuidas á la corona. Estos miembros eran el príncipe Adam Czartoryski y Barzykowschi, que representaban las opiniones monárquicas; Vicente Nienwiowski y Teófilo Morawski, que representaban las ideas constitucionales; y Lelewel, representante de la democracia.

El príncipe Czartoyiski, elegido presidente del gobierno nacional, hizo

una declaracion de fe, que concluía con las siguientes palabras:

«En aquellos dias de luto en que estaba borrado de la lista de las naciones el nombre polaco, nada teníamos que esperar sino del monarca á quien le habia tocado en el repartimiento nuestro país casi todo entero. Alejandro, jóven, noble, animado de intenciones jenerosas y benévolas para con la Polonia, habia sabido cautivar mi admiracion por las virtudes de su alma y las calidades de su carácter.

«Creia yo entónces que la Polonia, por su íntima union con un pueblo de un mismo orijen, podria entrar, aunque mas lentamente, es verdad, en su independencia, con la ayuda de sus constantes é infatigables esfuerzos. Demasiados acontecimientos han cambiado mi conviccion. La flagrante y continua violacion de la constitucion y de las leyes, como asimismo las numerosas persecuciones de que se armaba un poder sospechoso, no permiten ya á nadie realizar las ideas cuya aplicacion creia yo posible. En adelante todos los vínculos se hallan enteramente rotos; la nacion ha proclamado altamente su deseo de permanecer libre é independiente. No obstante lo que pueda pedir la necesidad, el deber de todo el mundo es el de someterse á ella. La voluntad nacional, franca y unánime, no debe hallar ningun obstáculo. Abandonar en el dia la causa del pueblo, no asociarse enteramente á su suerte, á sus peligros, á sus sacrificios, seria hacer traicion al grito de mi conciencia. Así es que soportaré el honroso peso que acaba de imponerme, persuadido como lo estoy, que nadie debe eximirse del cumplimiento de unos deberes que son comunes á todos...

«Lo que necesitamos es armonía en los esfuerzos... Debemos buscar en la actualidad nuestra salvacion en las armas y en el combate. La Europa, que va á presenciar la lucha, no se pronunciará hasta despues de la victoria. Que nuestras relaciones amistosas con los estados vecinos les hagan saber nuestras disposicio-

nes conciliadoras y pacíficas; que los amigos de nuestra causa nos hallen siempre prontos á seguir sus consejos; en fin, que la Europa entera sepa que la revolucion polaca no ha querido el derribamiento de los principios sociales, bases eternas de la política y de la moral.

«El tiempo no seria bien oportuno para pensar en mejoras sociales; el ruido de las armas nos llama á la accion, y turbaría el sosiego que exigen las meditaciones profundas. No hay duda que la primera victoria, si place al Todopoderoso el acordárnosla, estimulará aun mas nuestra energía; pero debemos estar dispuestos para los reveses como para los triunfos. Por esto mi deber me obliga á declarar, desde ahora mismo, que la suerte del país y el interés de la nacion no pueden ser, á mi modo de ver, encadenados á ningunos vínculos particulares; el ejército y el gobierno deben combatir hasta el fin, y disputar con tenacidad cada pié de terreno que quede libre del territorio nacional».

Pocos dias despues se supo la noticia de la irupcion de los Rusos, bajo las órdenes de Diebitsch. La apuesta de los combates estaba ya hecha, y nadie pensaba en volver atrás.

Segun el plan de defensa adoptado por Chlopicki, se reconcentraron las tropas polacas hácia el arrabal de Praga; y el enemigo, queriendo caer sobre el ala izquierda, fué batido en Stoczek, el 14 de febrero, por el jeneral Dwernicki, que le cojió once cañones. Durante todo aquel mismo dia, sostuvo valerosamente el coronel Skrzynecki el choque de un cuerpo ruso, seis veces mas numeroso que el suyo.

Bien pronto ocupó Diebiusteh el bosque de Grochow con ochenta mil hombres y doscientas piezas de artillería. La línea de batalla de las fuerzas polacas no tenia mas que unos treinta mil soldados y cincuenta cañones; pero, apesar de la desigualdad del número, las jornadas del 19 y 20 de febrero cubrieron de gloria las banderas polacas.

El cuerpo de los granaderos rusos,